

MARES

María regresó del supermercado enojada porque su presupuesto no alcanzó para comprar todo lo necesario por el alza continua de precios. Guardó lo que pudo comprar en el refrigerador y en cajones. Tiró siete.

Nancy pensó que era el día más feliz de su vida. Cumplió su primeros trece años. A la cinco de la tarde empezaron a llegar sus invitados. Todos trajeron regalos: joyería de fantasía, discos, libros, maquillaje, chocolates. Su mamá le compró ropa y su abuela un gran perro de peluche , Marco, el que más le interesaba de todos, le dió un cojín en forma de corazón. Creyó morir en ese instante. Al final del día tiró catorce.

Del centro de la República le llegó la carga de chayotes para surtir su negocio en la Central de Abastos. Todos verdes, todos brillantes, cada uno debidamente empacado. Al abrir las cajas brillaron como peces sacados en ese momento del agua. Tiró ochocientas. Emocionado y al mismo tiempo orgulloso le quitó la envoltura a la revista donde venía el primer artículo que le publicaban. Trataba sobre la rebeldía de los jóvenes actuales que según él era totalmente diferente a la rebeldía de la generación anterior. Los jóvenes de ahora, aseguraba en él, sí tienen de que quejarse. A ver, cuántos tienen asegurado su futuro, cuántos son apoyados por la familia, cuántos tienen la facilidad de asistir a la Ibero o alguna otra universidad importante. Ninguno, concluía. El tiro sólo una.

Martita que tenía que mantener a sus tres hijos sola ya que su marido se fue de mojado al otro lado y jamás supo más de él y menos del dinero que le prometió, vivía del oficio de hacer collares que vendía en un mercado sobre ruedas. Un día a la semana guardaba en su busto unos pocos cientos de pesos para ir al centro a comprar pedrería. Era en el único sitio donde el dinero estaba seguro. El último lunes fue más contenta que nunca pues el domingo había vendido casi toda su mercancía. En la tienda compró perlas falsas, piedras de todos colores: verdes como esmeraldas, rojas como rubíes, amarillas como amatistas, azules como zafiros. Compró hilos de metal, botones, broches. La canastilla que le dieron para poner su mercancía estaba llena. Daba gusto ver el juego de colores y los brillos diferentes. Por último compró piezas de madera, de cobre, alguna de plata y varias de barro que tanto gustaban a las extranjeras que iban al mercado. Llegó a su casa sana y salva, nadie le robó, nadie la empujó y menos nadie le metió mano en el metro. Puso, después de sacarla de las bolsas negras, toda su mercancía sobre

la mesa. Empezó a imaginarse las combinaciones posibles para aretes, collares y pulseras. Tiró diez y ocho.

Los niños salieron como siempre gitando y brincando al recreo. Era la hora del lunche, palabra que hasta sus profesores usaban como si fuera la indicada. Unos llevaban plátanos y gansitos, otros dulces y sánwiches, no faltó el que llevara algún alimento más elaborado. Se intercambiaban una naranja por una platano, unos tacos por una torta. Uno entregó todo lo que traía de comer a un compañero que a cambio le permitió escuchar su I Pod. Las cáscaras se las aventaban unos a otros. Terminada la comida empezaron a correr, a perseguirse, a gritar como si los estuviera matando en ese momento. Entre todos tiraron más de cincuenta.

Fulgencio, el mecánico que sabía como cobrar de más, ese día tiró seis.

El padre Guillermo, el cura de la parroquia que vivía enojándose con todo el mundo, tiró tres.

Mario, que sufría hemiplejía después de un accidente automovilístico, no tiró ninguna.

Marina tiró seis, Hortensia cuatro, Raúl dos, Juan que vendía discos pirata, catorce.

En el edificio se tiraron más de doscientas. En la colonia miles y miles. En la ciudad de México millones. Puebla aportó otros tantos, menos que la capital. Monterrey le ganó con mucho. Campeche fue la ciudad que menos tiró aunque contando todo llegó al millón. Y todo el mismo día. Estados Unidos fue el que más tiró, no fueron millones sino billones. Juntando lo tirado en América con lo tirado en Europa, Asia, África y Oceanía la cantidad formaba un mar, un mar inmenso, un mar infinito. Un mar que con toda seguridad destruirá la vida animal, la vida vegetal. Ya el paisaje no será el verde de las selvas, el azul del mar, el café del desierto, el azul de las montañas. Ahora todo será un color sucio, a veces brillante y otras opaco.

El mar de desechos de plástico: bolsas , botellas, artículos varios, crece día a día, hora a hora , minuto a minuto, segundo a segundo. Ya ocupa una extensión importante del planeta. Su meta es invadir todo. Y lo va a lograr. ¿En cuánto tiempo? No será muy largo. Todos moriremos ahogados en él.

Agosto 2008